

Cuaresma 5 - La resurrección comienza con la fe

El Evangelio de la resurrección de Lázaro narrado por san Juan busca responder a la pregunta angustiada de los cristianos que lloraban la muerte de sus seres queridos: si es cierto que Jesús ha vencido la muerte con su resurrección, ¿por qué, entonces, los creyentes debemos morir?

Con el trasfondo de ese interrogante, el relato muestra una audacia sorprendente. Por un lado, evita el consuelo fácil de pretender que la vida en este mundo no importa. Por el contrario, es una mirada honesta sobre la muerte en todo su horror y oscuridad: la angustia de las hermanas de Lázaro cuando se encuentran con Jesús, el llanto repetido de Jesús ante la tumba de su amigo, la alusión a la disolución del cuerpo del difunto luego de cuatro días, la solemnidad de la escena en que Jesús hace emerger a Lázaro de la tumba envuelto en las vendas y sudario. Por otro lado, sin embargo, y *antes* de realizar este milagro (el más grande de todos los narrados por Juan), nos muestra en el diálogo de Marta con Jesús cómo debe afrontar la fe del creyente ese hecho, el fin de la vida física, aparentemente definitivo e irreversible:



Rembrandt, *La resurrección de Lázaro*, c. 1630-1632

“Señor, –le dice Marta al recibirlo– si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá”. En las palabras de Marta reconocemos todo el desconcierto del creyente, que no puede entender cómo Jesús permite la muerte de quienes ama. Pero ¿qué es exactamente lo que sugiere Marta cuando le dice a Jesús que Dios le concederá lo que le pida? ¿Qué pedido sería ese? Ella misma no se anima a formularlo claramente, pero su insinuación deja abierta la puerta a una intervención inimaginable de Dios, para quien la muerte no puede ser un límite infranqueable.

A estas palabras de fe, llenas de tensión y de esperanza, Jesús responde con una promesa: “Tu hermano resucitará”. Marta

interpreta esto conforme a la idea de la resurrección que conocía: “Sé que resucitará en la resurrección del último día”. Es cierto que esta confesión es válida todavía hoy: la resurrección de nuestros cuerpos tendrá lugar al fin de los tiempos, en el “último día”. Pero esta afirmación no expresa todavía lo más específico de la fe cristiana.

Jesús le dice: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá”. ¿Confirma las palabras de Marta, las corrige, las completa? Todo eso junto. Notemos que, mientras la mirada de Marta se dirige al futuro lejano, Jesús responde en tiempo presente, con un “Yo soy”, que en Juan no es nunca casual, porque es el nombre que Dios revela a Moisés en el desierto. Jesús

es Dios, por eso es “la resurrección y la vida”, y lo es *hoy*, en el presente Marta y el de nuestras vidas: la fe es un vínculo viviente con Jesús que la muerte no puede destruir. Esa vida eterna que comienza hoy, en nuestro corazón, por la fe, un día alcanzará su manifestación plena y definitiva con la victoria sobre la muerte y la resurrección final de nuestros cuerpos. “El que cree tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día” (Juan 6, 40.54). La fe en Jesús y la resurrección son el punto de partida y de llegada, respectivamente, de la vida eterna.



Y no podría ser de otra manera. Si al final de nuestro camino de fe no nos esperara la victoria definitiva sobre la muerte, si no pudiéramos aspirar a la recuperación total de nuestra integridad personal, cuerpo y alma, y si no nos animara la certeza del encuentro definitivo con Dios y con nuestros queridos difuntos revestidos de esa misma plenitud, entonces tendríamos que reconocer que la muerte sigue reinando sobre nosotros, que lo que ella nos quita lo perdemos definitivamente, que nuestra fe es “vana” (1 Corintios 15,14).

Pero Jesús no vino a ofrecernos una consolación fantasiosa, vino precisamente a vencer la muerte. Pronto cantaremos en la secuencia de Pascua: “La vida y la muerte se enfrentaron en un duelo admirable. El Rey de la vida estuvo muerto, y ahora vive”. Éste es el combate decisivo, y en él Cristo triunfó. La muerte ya hoy ha sido vencida en su raíz y despojada de su poder sobre nosotros. Por eso, participando de la Cruz de Cristo, podemos hacer de nuestra muerte una entrega de amor a Dios, serena, agradecida y confiada. Pero, conviene repetir, no es sólo eso: un día esa victoria se manifestará plenamente. “El último enemigo en ser vencido será la muerte” (1 Corintios 15,26). Lo que la muerte nos arrebató, lo recibiremos de Dios con creces.

La resurrección de Lázaro es el último de los milagros relatados por Juan, que precede y anticipa la resurrección de Jesús. No es “resurrección” en sentido propio: él es devuelto por Jesús a su vida mortal, significada por el sudario y las vendas con que sale del sepulcro y, por lo tanto, un día tuvo



que volver a morir. Pero lo que Jesús hizo con Él es un “signo” que apunta en dirección a la auténtica resurrección, la de Jesús y la de quienes creen en Él, la victoria definitiva sobre la muerte.

Esta es la respuesta de Juan a los creyentes que se sentían perplejos ante la muerte. No les da una explicación (que sería imposible) sino algo mucho más importante: les trasmite la promesa del Señor. La muerte no es la última palabra. Y aunque la victoria definitiva sobre ella tenga lugar en el último día, ya hoy la pregustamos los creyentes, gracias a la fe en Jesucristo, que es para nosotros “la Resurrección y la Vida”.